

W â Ä á Å x Ç à |
Ü t á

JUDE DEVERAUX

**Escaneado por Ainur
Corregido por Arancha**

PRÓLOGO

Louisville, Kentucky Enero, 1991

-¿Por qué me habrá hecho esto mi padre? Yo creía que me quería -dijo Samantha Elliot al que había sido abogado y amigo de su padre desde que ella tenía uso de razón.

El que aquel hombre de gestos dulces y habla pausada hubiera actuado como cómplice de su padre hacía más doloroso el sentimiento de abandono que la embargaba.

Y no es que Samantha tuviera necesidad de pensar en cosas que intensificaran el dolor que sentía. Hacía tres horas había observado, con ojos irritados y secos, cómo bajaban a la tumba el ataúd de su padre. Samantha sólo tenía veintiocho años, y ya había soportado más muertes de las que cualquier persona soporta en toda su vida. Ahora sólo quedaba ella. Sus padres ya no vivían. En cuanto a Richard, su marido, bien podía darlo por muerto, puesto que el mismo día de la muerte de su padre recibió los documentos que confirmaban su divorcio.

-Samantha -repuso el abogado, con voz muy calmada y suplicante-, es verdad que tu padre te quería. Te quería mucho, y por eso, por lo mucho que te quería, te exige que hagas esto.

El abogado no le quitaba ojo. Su mujer le había comentado que no había visto llorar a Samantha ni una sola vez por la muerte de su padre.

-Está bien -le había respondido él-. Tiene la fuerza de su padre. Se parece a él.

-Pero su padre no era, precisamente, lo que se dice un hombre fuerte, ¿no crees? -le había espetado secamente su mujer-. Siempre era ella la fuerte.

Y ahora ha visto cómo su padre se consumía ante sus ojos sin derramar ni una sola lágrima.

-Dave siempre aseguraba que Samantha era su apoyo.

El abogado, tras cerrar su maletín, salió de casa antes de que su mujer pudiera responderle. Temía lo que pudiera decir cuando todos conocieran el testamento de Dave Elliot.

Ahora, observando a Samantha en la biblioteca de su padre, sintió que unas gotas de sudor le resbalaban por el cuello. Recordaba sus intentos de convencer a Dave Elliot para que cambiara su testamento, aunque no logró persuadirlo. Cuando Dave firmó su última voluntad, no pesaba más de cuarenta kilos y apenas podía hablar.

-Le debo una oportunidad a mi hija -había murmurado Dave-. Le he robado parte de su vida, y ahora tengo la obligación de devolvérsela.

-Samantha ya es una mujer, una mujer adulta que debe tomar sus propias decisiones -había replicado el abogado, pero para el caso que Dave le hizo, bien podía haber permanecido callado. Todo estaba ya decidido y bien decidido.

-Sólo durante un año. Es lo único que le pido. Un año. Nueva York la fascinará.

«Lo detestará», pensó el abogado, pero no manifestó su opinión. Conocía a Samantha desde hacía veintiocho años. La había llevado sobre los hombros de pequeña, y la había visto reír y jugar como todos los niños. La había visto correr y gastarles bromas a sus padres, y recordaba su alegría al sacar una buena nota en el colegio, y su llanto cuando las cosas no le iban tan bien. La había visto discutir con su madre a propósito del color de un vestido, y sobre si podía o no pintarse los labios. Hasta los doce años había sido una niña normal en todos los aspectos.

Al observarla, cuando sólo habían pasado unas horas desde que se celebró el funeral, veía en qué se había convertido. Samantha era una vieja en el cuerpo de una joven, una mujer que ocultaba su belleza bajo un trajecito negro muy discreto que le habría sentado mejor a una matrona de sesenta años. De hecho, parecía hacer todo lo posible para esconder su feminidad. Llevaba el pelo recogido, no se maquillaba ni poco ni mucho y se vestía con ropas holgadas, largas y muy anodinas. Sin embargo, más grave que su apariencia era su estado de ánimo. Desde hacía años, Samantha apenas sonreía, y el abogado no recordaba cuándo la había visto reír por última vez.

«Y cuando sonreía -pensaba él-, era una chica de una belleza extraordinaria.» Sus recuerdos lo transportaron a un tiempo ya pasado, pocos años antes de que Samantha se casara, antes de marcharse de Louisville, un día que había vuelto a casa después del gimnasio. Dave estaba en la sala hablando por teléfono, y Samantha no se percató de que había alguien más en casa. De pie junto a las ventanas correderas del patio, con un vaso de té frío en la mano, el abogado estaba a punto de saludarla cuando Samantha se quitó el chándal y empezó a hacer ejercicios en el salón, pasando un estilizado muslo y la pantorrilla exquisitamente torneada sobre el respaldo del sofá. El abogado olvidó por completo que se trataba de la hija de un amigo y se quedó boquiabierto de admiración al descubrir que aquella jovencita que siempre había considerado bastante anodina era de hecho una mujer hermosa. El pelo, que se le había soltado de la cinta, le colgaba en pequeños rizos sobre el rostro como hebras doradas que se entretejían. El color de su cara era el rosa saludable producto del ejercicio, tenía los ojos azules y vivaces y las pestañas largas y espesas. El abogado jamás se había percatado de la plenitud de los labios casi fruncidos, ni de que la nariz era algo respingona, casi insolente. Tampoco se había dado cuenta de que el cuerpo de Samantha podría haber sido inmortalizado en una de esas revistas donde las tersas curvas siempre están en el lugar adecuado.

-Increíble cómo crecen, ¿no te parece? -había dicho Dave, acercándose por detrás y sorprendiendo al abogado, que se sonrojó al verse atrapado mirando a aquella chica que podría haber sido su propia hija.

Era evidente que se le notaba en el rostro lo que había estado pensando. Avergonzado, se giró y salió a acompañar a Dave.

Sólo años después, cuando preparaba su testamento, Dave le dijo que a Samantha le había «sacado todo el jugo».

-Le he hecho cosas que un hombre no debe hacerle a su hija -confesó, y cuando el abogado recordó el cuerpo de Samantha preciosamente ceñido por los leotardos rojos, se apresuró a guardar sus papeles y se despidió.

Recordaba con toda nitidez aquella tarde en que había sentido los impulsos de una lujuria prohibida que nadie debería albergar hacia la hija de un amigo. A pesar de que Dave ya era un moribundo, el abogado no quería tener que oír confesiones como las que el enfermo parecía estar a punto de comenzar. No quería oír confesiones de cosas que nunca deberían ocurrir y que, sin embargo, ocurrían con demasiada frecuencia.

Ahora el abogado especulaba sobre qué sería lo que Dave le habría hecho a Samantha, pero no tenía la menor intención de averiguarlo, porque le faltaba el valor necesario para penetrar en una realidad que prefería ignorar.

-No quiero hacer esto -dijo Samantha, mirándose las manos-. Tengo otros planes.

-Sólo será un año -respondió el abogado, repitiendo las palabras de Dave-. Y al cabo del año recibirás una importante cantidad de dinero.

Samantha se acercó a la ventana y palpó las cortinas de brocado. Una de las últimas cosas que había hecho con su madre fue elegir esas cortinas; ahora recordaba haber visto cientos de muestras antes de que decidieran

el color y la textura adecuados. En el jardín trasero había un árbol plantado por su abuelo cuando ella aún estaba en edad de gatear. No tenía más de diez años, cuando el abuelo Cal talló en grandes caracteres las letras C+S en el tronco, diciendo que así estarían juntos mientras el árbol viviera. Samantha se giró y paseó la mirada por la habitación de su padre, donde ella se había sentado en sus rodillas, donde había reído y jugado junto a sus padres, donde Richard le propuso matrimonio.

Se acercó con gesto grave y solemne al escritorio de su padre y cogió la piedra que él había usado como pisapapeles. En su suave superficie, pintado en letras azules con mano infantil, se leía *Papá te quiero*. Samantha se la había regalado cuando estaba en tercer curso del colegio.

Dos semanas antes de la muerte del padre, mientras Samantha lo cuidaba, cuando creía estar más cerca que nunca de él, el viejo vendió la casa y la mayoría de los muebles en secreto. Samantha no había pensado mucho en sí misma en las semanas que precedieron a la muerte de su padre, aunque él no dejaba de preguntarle qué pensaba hacer cuando él muriera. Samantha respondía, con ciertas reservas, que probablemente viviría en la casa, que seguiría unos cursos en la universidad, que impartiría clases de informática y que haría lo que hacen otras personas que no trabajan seis días a la semana como había hecho ella durante los dos últimos años. Su padre no la contradijo, pero era evidente que no le había gustado su respuesta.

Samantha dejó el pisapapeles y miró al abogado.

-¿No dio ninguna razón para vender la casa?

-Sólo dijo que quería que pasaras un año en Nueva York, y que en ese tiempo tendrías que buscar a tu abuela. No creo que esperara que aún esté viva. Tal vez quería que averiguaras dónde había ido después de abandonar a la familia. Tu padre había tenido la intención de llevar a

cabo esa búsqueda personalmente, y descubrir lo que había sucedido con ella, pero...

-No tuvo tiempo para hacer todas las cosas que le habría gustado hacer -repuso Samantha, y el abogado frunció el ceño, porque le pareció que lo decía con cierta amargura-, y ahora soy yo la que tiene que buscar en su lugar.

El abogado carraspeó, preguntándose cuánto tendría que esperar antes de poder marcharse sin parecer mal educado.

-No creo que pensara exactamente en una búsqueda. Creo que lo que temía es que te encerraras en esta casa y que no vieras a nadie más. Pensaba que por parte de tu madre no tienes parientes vivos, y que, muerto él, no quedaría nadie de su propia familia sino su madre, si es que aún vive, de modo que... -Dejó la frase sin terminar.

Samantha desvió la mirada para que el abogado no pudiera ver su expresión. No quería revelar sus sentimientos. El profundo dolor que sentía y la traición de que había sido objeto eran algo que no quería demostrar ante nadie. En ese momento, lo que más deseaba era estar sola, que aquel hombre saliera de la casa, que cerrara la puerta al salir y que jamás volviera a abrirla. Cuando estuviera ella sola en casa, tenía ganas de aislarse en un rincón oscuro y acogedor, cerrar los ojos y no volver a abrirlos nunca más. ¿Cuántas cosas horribles era capaz de padecer una persona y seguir viviendo?

El abogado sacó un llavero del bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

-Estas son las llaves del apartamento de tu padre -dijo-.

Lo tenía todo dispuesto. Pensaba jubilarse anticipadamente e irse a vivir a Nueva York para buscar a su madre. Alquiló un apartamento, e incluso

lo hizo amueblar. Estaba todo listo. Fue entonces cuando decidió hacerse una revisión médica y... le diagnosticaron el cáncer.

Samantha no se volvió para mirarlo, y el abogado empezó a retroceder de espaldas a la puerta.

-Samantha, te diré una vez más que lo siento. Yo quería mucho a Dave, y sé que tú también. A pesar de todo, él también te quería. Te quería mucho y deseaba que tuvieras lo mejor, de modo que sea cual haya sido su decisión, estoy seguro de que lo hacía por amor a ti. -Se dio cuenta de que estaba hablando demasiado deprisa. Tal vez debía ofrecerle algo, aunque no fuera más que un hombro en el que llorar. Pero la verdad era que no quería ser testigo del dolor de Samantha. Le daba pena que la chica hubiera conocido tantas muertes siendo tan joven. No le ofreció el hombro. Prefería volver a su casa, junto a su mujer, sana y alegre, y dejar ese lugar para siempre. Puede que Dave tuviera razón al vender la casa, porque había tantos y tan malos recuerdos que sólo abandonándola podría acabar con ellos-. Te dejo en la mesa los papeles del apartamento -se apresuró a decirle, y siguió retrocediendo-. El propietario te dará las llaves de la puerta de la calle. Aquí en el suelo te dejo la caja con las cosas de tu abuela.

Al poner la mano en el pomo de la puerta, se sintió como el atleta que espera el disparo del inicio de la carrera para echar a correr.

-Si necesitas cualquier cosa, por favor, dímelo. ¿De acuerdo, Samantha?

Ella asintió con un movimiento de cabeza, pero no se volvió cuando lo oyó partir. Siguió mirando los árboles desnudos del jardín de la casa de su padre. La casa que ya no era de su padre. Que ya no era su casa. De niña pensaba que algún día tendría hijos y los criaría en esa casa, pero... Parpadeó unas cuantas veces para aclararse la vista, y pensó que le quedaban noventa días para sacar sus cosas de aquella casa donde había pasado su infancia.

Se volvió y vio el paquete de papeles sobre la mesa de su padre, una mesa que ahora pertenecía a otra persona. Tenía ganas de renunciar al trato. Sabía que podía mantenerse a sí misma, incluso que podía mantener a una persona más, pero si no hacía lo que su padre le había pedido, perdería todo el dinero que él le había dejado: el dinero de la venta de la casa, el que había ahorrado durante tantos años, y el que él también había heredado de su padre. Estaba segura de que si la usaba con un poco de cuidado, esa herencia podía brindarle una independencia económica para el resto de sus días. Podría vivir donde quisiera y hacer lo que le viniera en gana.

Sin embargo, no entendía por qué razón su padre había decidido que antes de poder disponer de la herencia tuviera que vivir un año en una ciudad enorme y sucia, y dedicarse a investigar en archivos viejos y mohosos con la esperanza de encontrar el rastro de una mujer que había abandonado a su familia cuando Samantha, su nieta, tenía apenas ocho meses. Una mujer que había dejado a un marido que la adoraba, a un hijo que la amaba, a una nuera que la echaba en falta y a una nieta que algún día la necesitaría desesperadamente.

Se volvió, tomó en sus manos la piedra que servía de pisapapeles y por un momento sintió el impulso de lanzarla contra la ventana. El impulso no duró mucho tiempo y la volvió a dejar, suavemente y con cuidado, encima de la mesa. Si su padre quería que encontrara a su abuela, lo haría. ¿Acaso no había pasado años doblegándose a su voluntad?

Al salir de la habitación se detuvo en la puerta, se volvió y cogió la vieja caja de sombreros que su padre le había dejado y donde guardaba, según le dijo, las cosas de su madre. No sentía curiosidad alguna por saber lo que contenía, ni deseo de mirar lo que había dentro. De hecho, Samantha estaba segura de que, al fin y al cabo, era preferible no pensar en nada, no recordar nada. «Es mejor actuar que pensar», se dijo. En ese

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

